

arrojarse para no caer en manos de sus enemigos, cuando Aecio contuvo á los visigodos, temiendo que un triunfo mas completo aumentase su poder, y dejó escapar á Atila, quien pudo traspasar la frontera sin ser perseguido. La Galia quedaba libertada; pero el azote cayó otra vez sobre la Italia pues Atila arrasó á Aquilea y saqueó todo el norte de la península. Los habitantes del Véneto se refugiaron en las lagunas del Adriático, en donde fundaron á Venecia, y Atila marchaba contra Roma cuando se le presentó el papa San Leon el Grande pidiéndole gracia para la Italia. El bárbaro admirado de la magestad del pontífice cedió á sus ruegos, y dejando la Italia murió en el año siguiente. El poder de los hunos fué destrozado por los hijos de su fundador, y Genserico su rival, llamado por la viuda de Valentiniano III para que castigase al asesino y usurpador Pretonio Máximo, tomó á Roma, la pasó á saco, y condujo gran parte de su poblacion cautiva á Cartago.

Los tártaros continuaban dominando en las provincias, sus hermanos los estrechan por defuera, y el imperio romano en la agonía brega durante la cuarta parte de un siglo para desprenderse de esta doble atadura. Ocurrido el fallecimiento de Máximo, Avito recibe la muerte de manos del suevo Ricimero, quien se arroga el derecho de disponer del imperio. Mayoriano, á quien da la púrpura, llevado del deseo de ejercer el poder imperial, de realzar el honor del nombre romano y de hacerse temible á los enemigos esteriore, arma una flota y se prepara á llevar la guerra al imperio de los vándalos, pero Ricimero temiendo por su poder le hace dar muerte, y ensalzados sucesivamente por el bárbaro reinan y caen los tres emperadores Severo III, Antemio y Olibrio. En fin, despues de la muerte de Ricimero, el patricio Orestes, sucesor de Glicerio y de Julio Nepote reviste con la púrpura á su hijo Rómulo Augústulo, como para cerrar la lista de los emperadores con un nombre que recuerda á la vez el del fundador de Roma y el del fundador del imperio. Orestes comete la imprudencia de descontentar á los bárbaros aliados de los romanos, negándoles las tierras que reclaman, sublévanse con el hérulo Odoacro, elevado ya á los primeros grados del ejército, Orestes es asesinado y proscrito su hijo, último emperador de Roma.

## VII.

La exposicion histórica que antecede revela los dos inmensos servicios prestados por San Leon I á la Humanidad. Al verificarse la invasion de Italia por el feroz Atila, el mas espantoso de los hombres, como les titulaba Bossuet, el que se llamaba á si mismo terror del mundo y azote de Dios; el que se decia de si propio: *Las estrellas caen á mi presencia: la tierra se estremece bajo mi peso; yo soy el martillo del Universo*; al verificarse decimos, esta invasion, todo el mundo tembló, todo el mundo sintió frio glacial en sus venas, espanto en su corazon. Solo una excepcion hubo y esta excepcion gloriosa la constituyó el pontífice que penetrado de la santa mision que le estaba encomendada, cumpliendo heroicamente sus deberes, traspasando los límites de éstos, marchó al encuentro del terrible rey de los hunos y con su magestad y su elocuencia supo dominarle de modo que logró de él la evacuacion de Italia por las salvajes hordas que acaudillaba. ¡Sublime debió ser sin duda aquel choque entre la civilizacion cristiana y la barbarie; y magnifico el triunfo de la primera sobre la segunda, triunfo que constituye una de las inmarcesibles glorias del Pontificado! Y no fué este solo: poco despues, en 455, la invasion de los vándalos acaudillados por Genserico dió nueva ocasion al insigne papa para adquirir títulos á la gratitud de la posteridad, consiguiendo que el bárbaro respetase la vida de los romanos y preservase del saqueo la basílica lateranensé y las de los dos principes de los apóstoles.

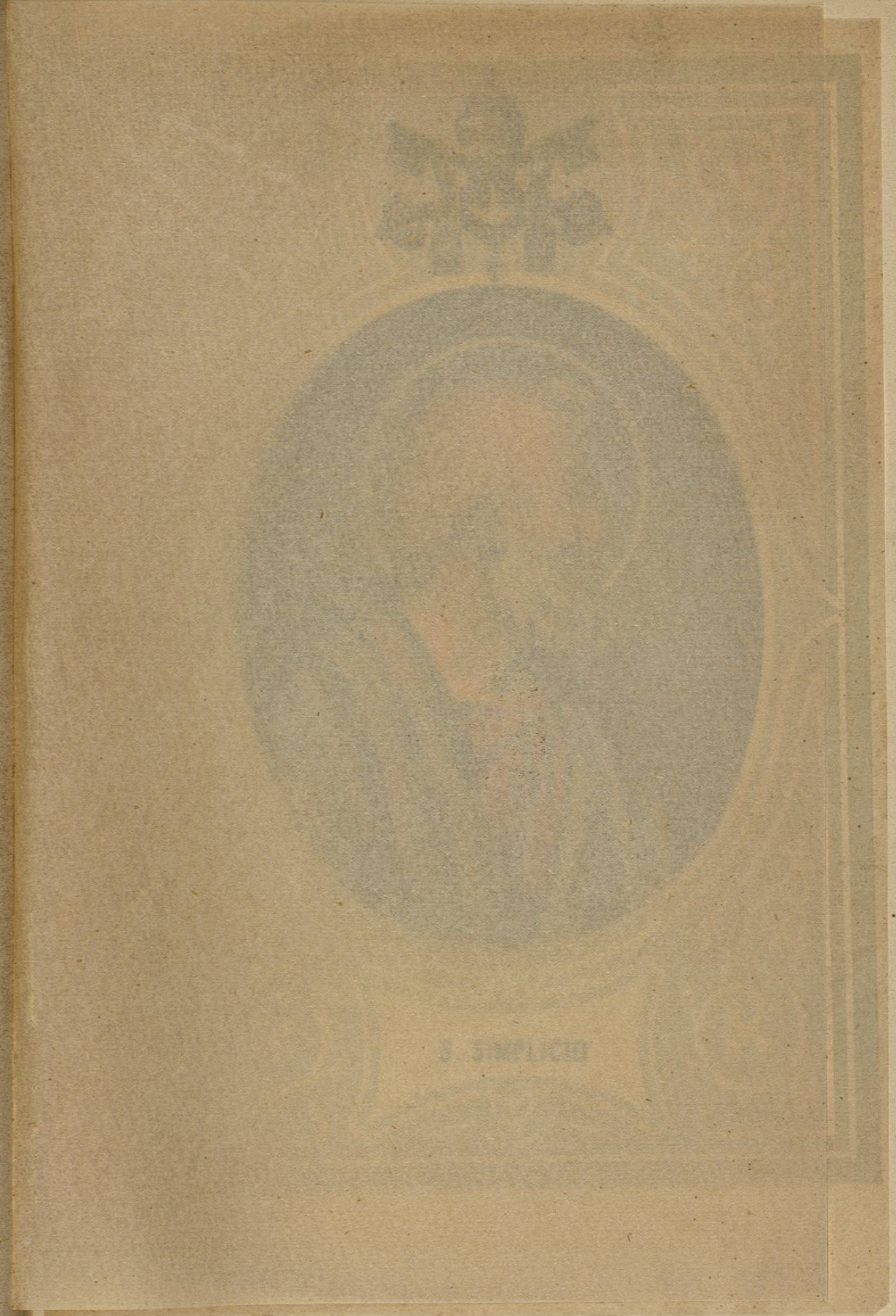
Sin traspasar jamás los límites de la justicia y de la prudencia, supo además San Leon *el grande* sostener siempre con gravedad y firmeza sus derechos, su decoro y su autoridad sobre los obispos, los patriarcas y el concilio universal. Los que le acusan de fanático y cruel porque con penas puramente espirituales combatió á los maniqueos y eutiquianos, procurando el esterminio de las heréticas obras de ellos, demuestran la mas crasa ignorancia ó la mas insigne mala fé; y no van mas acertados los que manifiestan que el fué el primero que sostuvo el primado pontificio, pues la historia con innegables pruebas, de las que se ha hecho mencion á su tiempo, revela que tal primado fue ejercido en multitud de

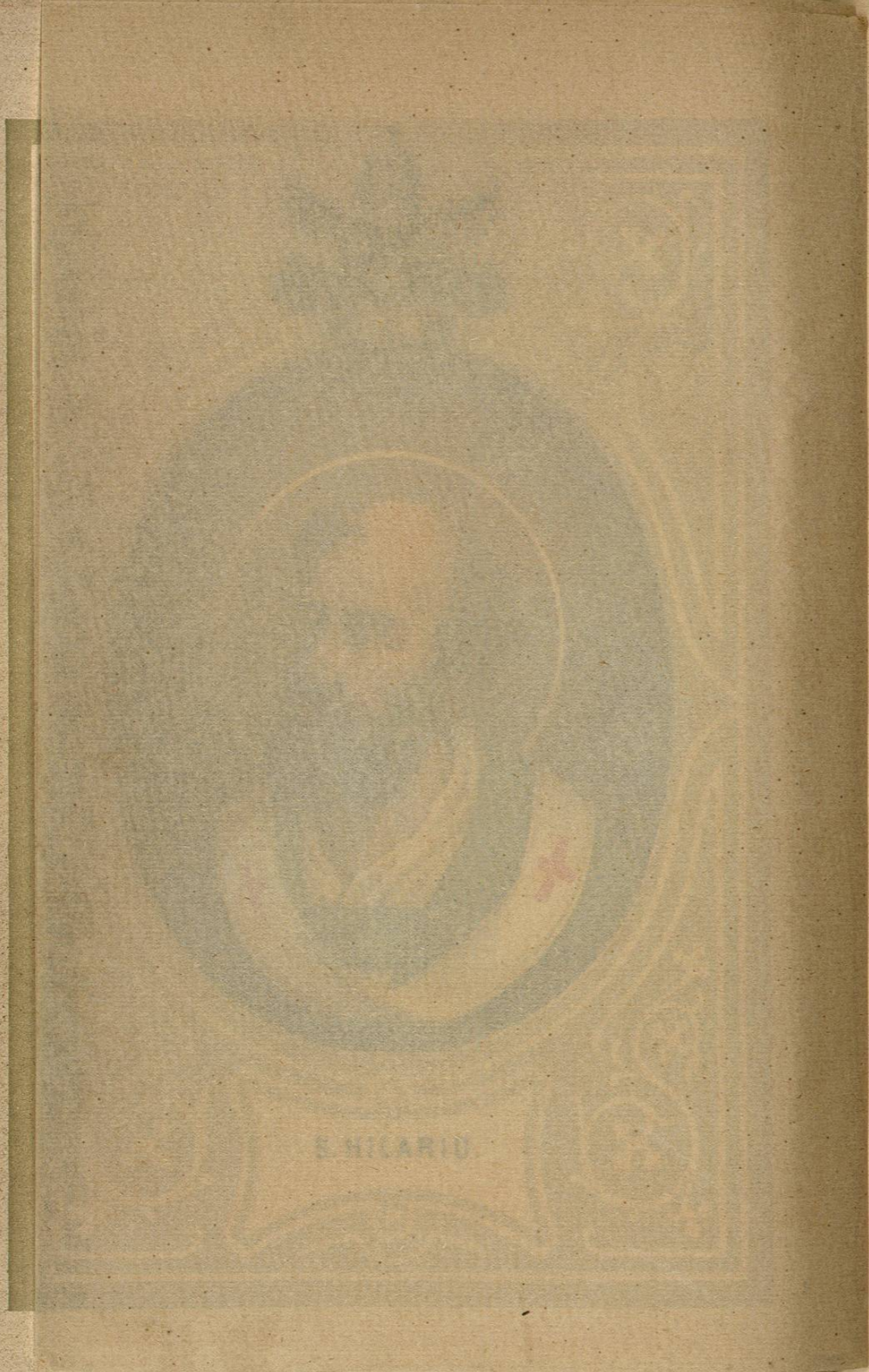
ocasiones por los antecesores de San Leon. Las cartas de éste, en número de ciento cuarenta y una, sus noventa y seis sermones y las plegarias que compuso, han merecido justamente los mayores elogios. Después de haber nombrado en cuatro ordenaciones ciento ochenta y cinco ó ciento ochenta y seis obispos, ochenta y un diáconos y doce ó treinta y un presbíteros, subió al cielo el 4 de noviembre del año 461. Sus reliquias experimentaron varias traslaciones dentro de la basílica vaticana, en los pontificados de Sergio I, Gregorio XII y Pablo V, hasta que Clemente XI, el 11 de abril de 1715, las colocó con solemne pompa, en el altar de la misma basílica que tomó nombre del santo y que había sido fabricado con tal fin por orden de Inocencio X. Ningún pontífice, antes de San Leon, había sido enterrado en la Basílica de San Pedro, sino en los subterráneos ó en el pórtico. Benedicto XIV, con aplauso de la cristiandad, hizo que se venerase entre los Doctores de la Iglesia á quien sirvió de modelo á los Alejandros, los Gregorios y los Inocencios.

Hijo de Crispin, natural de Cagliari, en Cerdeña, diácono de San Zósimo y legado del papa en Efeso, donde su constancia y firmeza en sostener la verdadera fé, le ocasionaron multitud de sinsabores, fué San Hilario sucesor de San Leon el grande. Lleno de virtudes y de sabiduría demostró unas y otra en el cumplimiento de su elevada mision, nada fácil en circunstancias como las de su tiempo. Renovó las sentencias y las excomuniones contra Nestorio, Eutiques, Dióscoro y sus fautores, y confirmó las definiciones canónicas de Nicea, Efeso y Calcedonia, así como la admirable carta de San Leon á Flaviano. Para afirmar la concordia episcopal y dar vigor á la disciplina eclesiástica, ordenó la celebracion anual de sínodos provinciales ó nacionales. Socorrió con mano solícita y próspera, contra los herejes y los bárbaros, á las iglesias de las Galias y nombró legado suyo á Leoncio, obispo de Arelate, para que presidiese las reuniones episcopales, resolviese las causas menores é hiciese llevar las mayores á la Sede Apostólica; vigiló constantemente sobre todas las iglesias y para mantener, dentro de lo posible, la uniformidad en la celebracion de la Pascua y terminar las disidencias entre occidentales y orientales, dió orden á Victor de Aquitania, célebre matemático de aquellos tiempos, para que



S. HILARIO.





S. NICARID



S. SIMPLICIO

formase el *cánon pascual* ó ciclo de quinientos treinta y dos años que fué dado á conocer por Egidio y Bucherio. Los cuidados de San Hilario se extendian á la fé y á la disciplina, á la moral y á la felicidad de los cristianos. Celebró un concilio romano en 465, prohibió que los obispos se designasen, de cualquier modo que fuera, un sucesor, y por esta razon impuso á los prelados de la provincia Tarraconense que se rechazase á Ireneo de la sede de Barcelona; condenó públicamente y con valor al macedoniano Filoteo que con otros secuaces suyos blasfemaba del Espíritu Santo, queria celebrar juntas y difundia pérfidas heregias, y obtuvo de Antemio que fuese corregido ó castigado.

Con todas las iglesias fué grande la munificencia de San Hilario. Por él se añadieron al baptisterio de la basílica de Constantino tres oratorios dedicados á San Juan Bautista, á San Juan Evangelista y á la Cruz; á él se debe tambien la institucion de dos bibliotecas en la basílica lateranense; á él numerosos socorros á los pobres y el esplendor que obtuvo el culto en numerosos templos. Así, pues, este pontífice, como sus antecesores y sucesores, dedicó á sublimes y piadosas obras las riquezas de que disponia. La historia de la civilizacion humana consigna en sus páginas que San Hilario, con la creacion de bibliotecas y con la instruccion del clero, abrió un pródigo asilo á los tesoros de la inteligencia con la mas providencial oportunidad: cuando los bárbaros amenazaban destruirlo todo. Y no puede menos de dejarse tambien consignado que el mismo santo papa á la vez que se oponia valerosamente á las demasias del emperador Antemio y le reducía á seguir sus justísimos consejos, era todo bondad y amor hacia aquellos que, fieles á la verdadera religion, consagraban su mente á los estudios. No pocos fueron los sabios decretos y las reglas de disciplina eclesiástica de este pontífice que, despues de haber nombrado en una ordenacion del mes de diciembre veintidos obispos, veinticinco presbíteros y seis diáconos, cifras que otros sustituyen por las de ochenta y seis, cincuenta y ocho y once respectivamente, suponiéndolas resultado de tres ordenaciones, pasó de esta vida en 468 y su cuerpo halló sepultura al lado del de Sixto III.

San Simplicio, que reinó quince años y seis dias, era hijo de Castino y natural de Tivoli. La fé y la disciplina obtuvieron de él

las mayores solicitudes y así se opuso á que los herejes Pedro Mongo y Pedro Fullon fuesen restituidos, el primero á la silla de Alejandría y el segundo á la antioquena, manifestando igual valor y constancia contra el emperador Leon que, cediendo á las sugestiones ambiciosas de Acacio, obispo de Constantinopla, se empeñaba en sostener la validez del cánon vigésimo octavo del concilio de Calcedonia, en el cual se señalaba el primer lugar á la sede constantinopolitana, despues de la de Roma, á pesar de la reprobacion de San Leon el grande y de San Hilario. Dispuso tambien que de las ofrendas de los fieles se hiciesen cuatro partes: una para el obispo, otra para el clero y las dos restantes para la fábrica de la Iglesia, los peregrinos y los pobres; prohibió que los eclesiásticos reconociesen los beneficios de los seglares y que administrase las rentas de la Iglesia el obispo disipador. En 482 nombró primado de España y vicario suyo para velar por la observancia de los cánones, á Zenon, obispo de Sevilla.

Terribles fueron los tiempos que precedieron á la muerte del papa, que hubo de dar pruebas de indomable valor para sostener y aumentar el número de los fieles. En Africa dominaban los vándalos, arrianos; en Bretaña, los sajones, gentiles; en España, los godos y los moros arrianos; en las Galias, los borgoñones y los godos arrianos, y los francos, gentiles; en Oriente, el emperador Zenon, contaminado con la herejia eutiquiana. Además, en 476, como antes se ha dicho, el imperio romano de Occidente se hundia bajo su propio peso, el de sus errores y el de las armas de los hérulos acaudillados por Odoacro, quien desterrando á Rómulo Augústulo y desdeñando la púrpura imperial, tomaba de nuevo el nombre de rey. Y como en otro lugar se ha consignado, entre tanto desastre y tanta lucha y tanto tumulto, el pontífice San Simplicio permaneció impávido, de lo cual fueron buena prueba sus hechos todos, pues expidió á distintas partes del mundo varones celosos para estirpar el paganismo y la herejia; removió de sus sedes á varios pastores indignos de ellas, embelleció la basílica de San Pedro, y tanto en ella como en las de San Pablo y San Lorenzo estableció penitenciaros semanales; combatió de nuevo la herejia de los macedonianos; sostuvo la disciplina y defendió los derechos de la Santa Sede, manifestando resueltamente al emperador Zenon que

el Señor habia confiado á San Pedro y sus sucesores el cuidado de su rebaño y prometido su asistencia hasta la consumacion de los siglos; condenó el *Enótico* ó edicto de union dado por el mismo monarca que usurpando la autoridad espiritual queria, á su modo, conciliar las doctrinas verdaderamente católicas con las eutiquianas: y logró, en fin, que mientras los últimos restos de la Roma pagana caian con el trono de Rómulo Augústulo, siguiese erguida sobre las ruinas la ciudad Eterna, la Ciudad de Dios. Por eso, en 483, despues de haber nombrado en tres ordenaciones de diciembre y de febrero, treinta y seis obispos, cincuenta y ocho presbíteros y once diáconos, dió tranquilamente su alma al Señor, mientras sus restos recibian sepultura en el Vaticano. Habia sabido cumplir su mision tan dignamente como sus cuarenta y ocho antecesores.